

III COLOQUIO DE ESTUDIOS ARQUEOLÓGICOS,
ANTROPOLÓGICOS E HISTÓRICOS SOBRE
LA GUERRA EN MESOAMÉRICA
ENAH
14 DE OCTUBRE DE 2014

Repensar la guerra indígena en las crónicas de conquista¹

Ponencia Magistral

Guy Rozat Dupeyron

INAH-Veracruz

Como lo muestra el programa de este evento, una reflexión sobre la guerra en nuestra América antigua puede tomar muchos y muy variados derroteros. Después de mucho pensarlo y varios ensayos, lo que aquí presentaré son sólo reflexiones de mis dudas sobre cómo llegar a pensar a esa

¹ Agradecemos profundamente al profesor Rozat por facilitarnos el texto de esta ponencia. *Edición y notas de Mario E. Fuente Cid.*

práctica social ambigua de la guerra en las sociedades americanas.

Cuando se me invitó pensé inmediatamente más bien centrar mi reflexión sobre lo que podría ser la guerra en el relato de la crónica del padre Pérez de Ribas, ese jesuita que se pretendió a principio del XVII, “El” evangelizador de los Yaquis.² Pero en esta, como en muchas de las crónicas escritas por religiosos, las manifestaciones de la guerra no son muy numerosas, cuando son reportadas son generalmente veladas y sólo nos ofrecen de vez en cuando encuentros bélicos geográficamente mal situados, aunque a veces se enuncian como decisivos. Pero incluso para estos, no se nos dan los elementos suficientes para poder reconstruir, o mínimamente situar, el encuentro y su desarrollo. Pero si escasean relativamente los detalles bélicos humanos,

2 Se refiere a la obra de Pérez de Ribas *Historia de los Triunfos de Nuestra Fé entre las gentes las más bárbaras y fieras del nuevo orbe*, (varias ediciones). La crítica historiográfica puede leerse en ROZAT DUPEYRON, Guy. *América, imperio del demonio*, Universidad Iberoamericana, México, 1995. *Nota de M.E.F.C.*

tenemos amplios desarrollos sobre la conclusión moral de la trifulca, ya que se terminan con el triunfo de los cristianos y de la fe y que es Dios mismo, o algún miembro de sus huestes celestes, que intervinieron directamente en la contienda, decidido a inclinar la balanza hacia el campo hispano. Por lo tanto, la reconstitución de la guerra Yaqui, que en el siglo XIX y XX se volvió como una especie de modelo de guerra indiana, no se puede lograr con un mínimo de fidelidad a partir del texto de nuestro jesuita del XVII. Y es esa ausencia, por desgracia, que permite a historiadores y antropólogos poco cuidadosos reconstruir el mundo del pueblo yaqui antiguo apoyándose en los relatos de viajeros y de los militares presentes en los levantamientos del XIX, cuando es muy probable que el funcionamiento del mundo yaqui antiguo tenía poco que ver con el que imperaba en estas comunidades yaqui a mitad del siglo XIX. Para entender esa diferencia radical es suficiente leer los pasajes de su crónica en la cual el buen jesuita se felicita con muchos detalles de los frutos de su trabajo evangelizador, al constatar haber

erradicado en profundidad las raíces del antiguo mundo Yaqui. Que estos grupos de campesinos en los siglos XVIII y XIX, reconstituyeron una cultura propia, esto sólo puede extrañar al incauto que sigue pensando que las sociedades campesinas, en su craso atraso, son siempre incapaces de pensarse y de repensar de nuevo sus relaciones con la naturaleza después de los grandes trancazos, humanos y naturales, que afectan en profundidad su ser social... Pero como lo dije hace un instante, no es esta guerra lo que quería presentarles hoy, aunque debo decir que al terminar este ensayo y releerlo me están dando ganas de reabrir este campo de la guerra entre Hispanos y Yaquis considerada a través de la crónica del jesuita conquistador.

Pensar la Antigua Guerra Americana

Ahora intentaré adentrarme en campos menos seguros para mí y trataré de pensar de manera global el fenómeno de la guerra americana, pero teniendo siempre presente que entre

este mundo antiguo y nosotros hay 500 años de calendario, lo que es ya de por sí bastante tiempo, pero sobre todo dependemos de muchas toneladas de papeles, llamadas de manera a veces muy irresponsable “nuestras fuentes”.

Por eso me parece que el análisis de ese fenómeno de la guerra es, antes que todo, un problema de la manera en que nos acercamos a nuestras supuestas “fuentes”. E incluso antes que ese problema ligado a “las fuentes”, el primer escolio a sortear sería que “la guerra americana” probablemente no existe, si no que hubo muchísimos tipos de prácticas bélicas, cada una propias a un grupo específico, ya que estas se adaptaban a la situación histórica y social de cada uno y probablemente también a la coyuntura que llevaba al enfrentamiento.

Sin olvidar que ciertos grupos confrontados a una serie de elementos nuevos adoptaron una organización social y militar nuevas, desarrollando así prácticas guerreras diferentes, como lo sabemos ocurrió con los grupos llamados a veces SIOUX en las grandes praderas norteamericanas,

cuando lograron domesticar el caballo, sin olvidar las bien conocidas tácticas de la guerra araucana que logró a un cierto momento una tal eficacia, adoptando el caballo y las armas de fuego, que rechazó por décadas la penetración hispana de sus tierras.

La guerra indiana como tabú en la etnología

Pierre Clastres hace mucho tiempo, en su famoso ensayo *Arqueología de la violencia. La guerra en las sociedades primitivas*³ llamó la atención sobre el hecho de que la etnología no daba mucho espacio al fenómeno de la guerra en la génesis y permanencia de las sociedades tradicionales americanas observadas en los siglos XIX y XX, cuando, al contrario, los “testigos” de los siglos XVI y XVII insistían sobre la extrema violencia y la guerra permanente en las cultura americanas

3 CLASTRES, Pierre. *Arqueología de la violencia. La guerra en las sociedades primitiva*, Fondo de Cultura Económica, México, 2004. Nota de M.E.F.C.

“observadas”. Incluso todos ustedes saben, o por lo menos les dijeron repetidas veces, que fue la violencia azteca sobre los pueblos dominados lo que generó el movimiento de levantamiento general que acompañó la llegada de los españoles en el altiplano. Un argumento clásico que evidentemente saldría desdibujado, o afirmado, si fuésemos capaces de repensar la guerra en ese momento y en esa región cultural.

Tenemos que pensar con mucho cuidado la naturaleza de estos dos conjuntos discursivos porque si es cierto que la antropología tiene raíces, a veces ambiguas, en las ideas de las Luces, y por lo tanto tiende a considerar con Rousseau que el hombre puede ser fundamentalmente “bueno” y que es la sociedad o las prácticas culturales que lo formaron, la que es responsable de la violencia. De ahí esa gran idea del legajo de la Ilustración de que la educación, es decir, la superposición de modelos e ideas “buenas”, razonables, científicas o educadas, es capaz de aniquilar el efecto del medio social generador de violencia. Es mucho

más complicado que esto pero en resumen esa es la idea: la educación, la ciencia permitiría erradicar la violencia. Es evidente que los últimos conflictos armados abiertos o los de baja intensidad, en nuestro planeta con sus masacres de masas, han mostrado que la educación y la formación científica no impiden la violencia sino más bien multiplican sus efectos.

Dos mini ejemplos: cuando se inventaron las minas antipersona, estos mortíferos objetos que décadas después siguen matando y destrozando gente, y particularmente niños, unos genios militares se dieron cuenta de que se podían curar relativamente fácil, ya que con los rayos X era posible extraer los fragmentos de metal, y esto restaba resultados a lo esperado y se podía curar a los heridos. Pero estos científicos, probablemente excelentes padres de familia, educados, la mayoría doctorados, dedicaron bastante tiempo a introducir en lugar de acero, unas canicas de plástico que no se podían localizar en los heridos y así no se podía curarlos. Otro ejemplo, muchas veces se tiende a

describir al sistema nazi de exterminación con palabras como loco o irresponsable, pero debemos saber que cerca del 80% de todos los profesores universitarios, científicos, etc. pertenecían a una de las 4 grandes organizaciones nazis, y que el Dr. Mengele, el supuesto loco, médico jefe de Auschwitz tenía dos doctorados y trabajaba con programas “científicos” de la Academia de Medicina Alemana. La ciencia nazi, como parte de la ciencia soviética en cierta época o los médicos militares norteamericanos, experimentando sobre soldados negros enfermos, son la prueba de que la educación no es un freno a la barbarie sino más bien permite desarrollarla a puntos extremos.

Otra práctica que aparte de la educación aparentemente permitiría distender la violencia social y particularmente entre los pueblos, sería el intercambio comercial. Esto también es parte de la evolución de la idea liberal desde el siglo XIX. Así los grandes tratados comerciales serían la puerta a la felicidad general, por lo menos es lo que pretenden hacernos creer los que son los

dueños de estos intercambios y gozan de sus frutos. En la explicación histórica son estas dos grandes prácticas, la educación y el comercio, que sostenían tesis que explicaban por ejemplo, cómo una gran ciudad comercial como Teotihuacán, nada menos que tierra de dioses, podría haber construido su dominación sin violencia, sin ejército, lo que los jóvenes investigadores contemporáneos empiezan a dudar fuertemente. Esto nos recuerda también la pretensión de los sectores clericales que tienden a hacernos creer que la evangelización en la Nueva España, globalmente se logró con métodos esencialmente pacíficos...Crean lo que gusten...

Pueblos pacíficos y pueblos salvajes

Pero también, esta vez, para explicar la descripción ultra agresiva y violenta de los pueblos americanos en los textos del XVI y XVII, no debemos olvidarnos que estos textos son siempre textos fundacionales que intentan justificar el expolio y la destrucción de un antiguo orden histórico y

social. Pero que también se inscriben en un discurso ideológico en el cual el hombre americano es producto de culturas fundamentalmente demoníacas, es decir en las cuales sólo prevalece la violencia simbólica y física.

Así, no podemos confiar de entrada en ninguna de las lógicas de estas descripciones del hombre americano, sabemos que el aparente irenismo de las Luces con su fachada amable y civilizadora llevó a las destrucciones y colonización del mundo entero y la lumpenización de prácticamente todas las culturas autóctonas.

Los efectos de la visión cristiana del mundo, a su vez, son bien conocidos en América, y no se debería insistir demasiado y repetir lo que todos ustedes saben. Solo en resumen, podemos decir que de lo que se trataba en la evangelización, y prácticamente hasta la fecha, era erradicar al demonio, salvar las miserables almas de pobres indios desvalidos y quitarles todo lo que hubiera podido “oler” a demonio. En la “descripción-invencción” de estos “indios” en los discursos evangelizadores, simples indios de papel,

ocurre lo que nos explicó el Dr. Miguel Segundo, maestro de esta escuela, se construye una memoria nueva, colonizada, una nueva identidad para el indio, ese indio de papel que marca el camino y destino de futuros indios sometidos, redimidos, deculturados y por lo tanto deshistorizados.

Es por eso que tenemos que tomar con mucha precaución los testimonios de frailes, administradores y soldados. Construyendo al indio construyen su poder de conquistador y legitiman su presencia. Por ejemplo, una cosa tan bien conocida como la entrega del poder de Motecuhzoma a Cortés, que prácticamente ningún historiador ha puesto en duda, debe ser colocada al interior de una guerra simbólica en la cual el gran guerrero es vencido por el hispano ya que éste es el representante del dios único y el otro simple sacerdote de ídolos. Pero esto es la invención de un enfrentamiento, que ocurre no en la realidad, sino al interior del logos occidental, en el cual el otro, el indio, no tiene ninguna autonomía existencial, y además sólo puede existir a través del testimonio cristiano.

Así, en lo particular, los que me conocen, saben que no creo que jamás Motecuhzoma haya entregado su imperio, jamás nunca le pasó por la cabeza hacer tal estupidez, pero si tenemos textos de esta supuesta entrega, es, que con éstos, Cortés, y después los franciscanos y tras ellos todo el mundo occidental, legitiman su propio poder, ya que les fue entregado por el dueño legítimo y de buena fe y sin violencia. Porque como bien saben todos ustedes, Moctecuhzoma sólo les estaba calentando el asiento esperando a su dueño legítimo.

Pero más allá de lo que podría ser una farsa burlesca donde se encontraría un emperador temeroso y rastrero que recibe a un matamoro engreído, esta comedia en tono burlesco, a nosotros, estudiosos del mundo americano, nos perturba profundamente y debemos pensar su argumento con cuidado. Porque inventando esa simple pasación de poder, en el mismo momento, y para que ésta sea creíble, tiene que inventar a su vez un tal poder de Motecuhzoma. Es por eso que durante décadas los historiadores serán casi

incapaces de pensar la América antigua, el mundo mexica y su funcionamiento político y social porque tenderán a basar sus puntos de partida de investigación en la existencia de un “emperador”, poseedor de un tal poder individual que puede, si lo desea, despojarse de él. Es evidente que esa figura de emperador tiene un peso enorme en la imposibilidad de pensar el encuentro entre Motecuhzoma y Cortés y, por lo tanto, la naturaleza de lo que ocurre en el altiplano antes de la guerra abierta que expulsará a los hispanos y sus aliados de Tenochtitlán. Pero también impide pensar por qué no los persiguieron, si existía un imperio mexica, hasta exterminarlos. Por lo tanto realmente ni emperador ni imperio... y tenemos que repensar radicalmente la posible naturaleza de dicho conjunto histórico y social y su funcionamiento. No se puede saber cómo era la guerra mexica, con un cierto grado de acercamiento a lo que fue posiblemente su realidad, si no se conoce mínimamente la naturaleza del “imperio” que la organizaba o los guerreros que la hacían.

Una rancia tradición de escritura

Pero en primera instancia debemos recordarnos toda la ambigüedad de estas observaciones: todos ustedes recuerdan a Colón reportando su encuentro con gente tan pacífica y tan ignorante de la ley, el estado, el pecado y la guerra, que un solo castellano podría poner a huir a centenas de ellos..., en fin, es lo que escribió. Saben también que antes de irse, el dichoso Colón construyó un fuerte. Me dirán ¿por qué un fuerte si eran tan pacíficos?... Donde dejó una pequeña guarnición. Cuando regresó unos meses después, sorpresa, no quedaban soldados, ni fuerte, ni indios, todo había sido quemado y acabado, y los indios desaparecidos ¿De dónde sacaron esa furia repentina los pacíficos y tan lindos taínos? La explicación general es que se levantaron frente a una lista de agravios que les impusieron los impacientes y ávidos colonizadores.

Pero esta relación causa-efecto no me parece tan

operativa, nadie se vuelve guerrero de un día para otro. Lo que falla aquí es evidentemente la información primera que nos propone Colón. Tomó sus deseos por realidades y se creyó el cuento de la superioridad natural de lo occidental cristiano. También me parece que la famosa dicotomía entre taínos pacíficos y caribes sanguinarios construyen la primera ambigüedad sobre la guerra americana. Habría pueblos fundamentalmente pacíficos y otros fundamentalmente guerreros y sanguinarios. Los pacíficos de hecho se parecerían al cristiano ideal, y por eso se entregan sin violencia, y los demás, los que resisten, pertenecen inevitablemente a las huestes diabólicas de los confines tradicionales de la historia occidental desde Heródoto. Los pueblos pacíficos jugando, en el relato americano originario, el papel del occidental, más que testificando verdaderas tradiciones autóctonas. Por lo tanto estamos confrontados otra vez, antes que todo, ante un problema de fuentes, que se originan más en una economía simbólica occidental que en un supuesto simple y llano relato de la vida americana.

Una América desierta y pobre

También, por ejemplo, tenemos que escoger claramente una posición frente al conjunto hombre-naturaleza americano. La guerra tendrá una significación diferente si estamos en una situación de escasez y los recursos tan escuetos que los hombres deben competir hasta la muerte para no morir de hambre. Aquí encontramos las críticas de Clastres a la visión economicista de la historia, los salvajes haciéndose la guerra por la escasez de bienes. La economía primitiva sería, por lo tanto, la de la miseria. Pero antropólogos como Sahlins desde décadas, han mostrado que las sociedades primitivas generalmente eran bastante autosuficientes, producían todo lo que necesitaban e incluso se puede decir que vivían en auténticas economías de la abundancia. Por lo tanto la guerra no tiene nada que ver, o muy poco, con la economía o la competencia por bienes escasos.

Las polémicas del siglo XX sobre la población

americana están ligadas a esa concepción miserabilista de la vida antigua americana. Muchos autores convencidos de este estado de escasez generalizado no pudieron admitir que América pudiera haber nutrido a los millones de habitantes que los “conquistadores” decían haber encontrado. Si con la escuela de Chicago y los descubrimientos arqueológicos hemos sido convencidos de que las Américas estaban muy pobladas, el estudio de la guerra se vuelve mucho más complejo, ya no es la pelea entre miserables y escasas tribus por unos muy escasos recursos.

En la escritura de la historia nacional mexicana existen épocas de “estados militaristas”, expansionistas, en fin, es lo que se nos ha contado. Pero las explicaciones de estas expansiones no me parecen suficientes para entenderlas, si se considera que la naturaleza americana es particularmente pródiga en recursos utilizables por el hombre. Y más con el fecundo trabajo del hombre americano que fue capaz de crear, entre otros, un cereal particularmente generoso y capaz de adaptarse a cualquier tipo de terreno,

clima, altura, etc. Sin olvidar la capacidad de estos mismos hombres para hacer un inventario casi exhaustivo de dichas riquezas de la famosa biodiversidad americana para sacar provecho de ellas.

Esto nos lleva directamente a la guerra. Si en las sociedades tradicionales americanas se trabajaba poco, tres o cuatro horas al día dependiendo de las estaciones, si la reproducción social estaba asegurada con un mínimo de esfuerzo ¿qué hacían durante todo el tiempo que les quedaba? Fumaban porros probablemente y tomaban diversas drogas que les servían para conocerse y conocer el mundo. También pasaban días y días platicando, a lo mejor inventando mitos para futuros antropólogos. Disponían de tiempo para hacer pirámides y otras obras hidráulicas sin que interviniera forzosamente algún sistema despótico o una situación de esclavitud. Es aquí que nuestra actividad bélica probablemente también se podría explayar. Tiempo había de sobra y no sólo para los guerreros “profesionales”.

Pero aquí también tenemos que enfrentar a las

explicaciones intercambistas que desarrollan ciertos antropólogos como Leví Strauss que piensan que guerra y comercio son dos términos de un mismo proceso social. Así se explicaría el papel de los famosos Pochtecas mexicas, a la vez comerciantes y espías militares. Cuando el intercambio comercial era logrado no había enfrentamiento bélico y nuestros Pochtecas regresaban sanos y felices a Tenochtitlán, pero debían comprar, según -nos dicen- la tradición, esclavos para sacrificar en honor a sus dioses felicitándose por el buen éxito de su expedición. Pero cuando el intercambio comercial fallaba, éstos pronto se convertían, probablemente, en guerreros y regresaban, cuando salían vivos y victoriosos, con muchas riquezas y esclavos para el sacrificio. Esto es parte más o menos de la glosa clásica aplicada al mundo del altiplano, pero nos quedan unas cuantas dudas.

Sabemos que había muchos intercambios en ese antiguo mundo americano, terrestres y marítimos y de muy largo alcance, como lo muestran las hachas de cobre de Michoacán encontradas en el área maya. El problema es

saber si realmente esa hacha de cobre era tan eficaz que hubiera sido tan deseada por los mayas creando una demanda cuyo efecto hubiera sido resentido en Michoacán y que hubieran existido unos emprendedores comerciantes tan motivados para llegar hasta estos espacios lejanos para proponer sus productos. No sabemos si existieron tales comerciantes aunque algunos autores no dudan, y más si son “nacionalistas michoacanos”, y nos afirman que sin ninguna duda existieron. Lo que sabemos es que estos objetos, estas hachas de cobre, transitaron y lo que nos falta es un modelo para pensar ese tránsito que pueda ser algo diferente del intercambio clásico observado en otros espacios como el occidental, que es un espacio de la escasez.

Es interesante y es un primer paso, ver que se reconoce que ese comercio consistía sólo en mercancías de prestigio como perlas, piedras preciosas, plumas, pieles, cacao... y que ese intercambio no influye casi para nada en la reproducción global de las sociedades. No estamos en la situación del comercio mediterráneo, permanente durante

siglos, cuando lo que se embarcaba en los navíos eran elementos absolutamente necesarios para la vida cotidiana y la reproducción de los hombres: trigo, aceite, vino, pescado seco, etc. El comercio marítimo en ese caso transformó profundamente la vida económica del conjunto mediterráneo. El crecimiento de ciudades como Roma es incomprensible sin esta enorme cantidad de víveres que abastecían la ciudad y que sus alrededores no podían producir. En estos espacios marítimos se puede pensar que el comercio era fundamental y de ahí la importancia extraordinaria de comerciantes, banqueros, finqueros, que participaban de ese mundo económico. Pero también, como lo muestra la historia durante 2000 años, en esta región del mediterráneo las armas fueron indispensables para crear situaciones imperiales capaces de imponer a las poblaciones dominadas, o francamente esclavas, en su producción agrícola más excedentes necesarios a la reproducción del imperio dominante en turno.

Pero para el caso americano, nos parece que la

situación debía ser bastante diferente, ahí no había un estado de escasez estructurado casi permanente, y esto me parece muy claro para el altiplano organizado alrededor del sistema lagunar, cómo explicar la supuesta voluntad de expansión si ésta no es vital para el mantenimiento de las poblaciones. ¿Sólo por el fanatismo religioso de un supuesto culto al sol? Es interesante que si bien tenemos estudios que nos indican la riqueza biótica y productividad del mundo lagunario y sus alrededores, no se haya intentado pensar y cifrar la cantidad de los recursos alimentarios disponibles en esa región en los siglos previos a la conquista. Sólo partiendo de ese conocimiento podríamos saber lo que debía extraer un imperio mexicana de las regiones periféricas y entender la lógica de este imperio, y por lo tanto de la guerra que debía imponer. Incluso es sólo conociendo muy bien las capacidades productivas en mano de obra y recursos materiales de ciertos espacios, que podremos saber si el tributo entregado por ciertas regiones y mencionado en algunos códigos era una carga insoportable o una simple

participación a un conjunto político ordenado. Y esto de paso nos permitiría entender la naturaleza de la famosa opresión mexica considerada como un elemento fundamental del triunfo militar hispano y la ayuda supuestamente incondicional de sus “aliados” indígenas.

Muchas veces se nos han contado las invasiones árabes como la irrupción repentina y violenta de unos cuantos fanáticos musulmanes, pero sin explicar su rápido triunfo fuera de su violencia extrema. Hoy nuevos estudios muestran que la tasa del excedente extraído por la dominación musulmana era mucho menor que la misma exigida por los protectores griegos del imperio romano, cristiano, de Oriente y explica por qué muchas regiones y ciudades se rindieron fácilmente al “invasor”, tanto más que estos dejaban permanecer durante décadas las élites autóctonas y subsistir las tradiciones jurídicas y administrativas locales. Este sencillo ejemplo hoy revisitado por una nueva mirada historiográfica, puede ayudarnos a repensar la naturaleza del “imperio” mexica y el de sus

métodos coercitivos. No queremos decir aquí que no hubo a veces violencias extremas y múltiples episodios guerreros, sino relativizar los gritos histéricos muy posteriores de los comentaristas religiosos que retomaron los anatemas que ya se habían proferido unos siglos antes cuando los germanos “invadieron” el imperio, germanos muchas veces ya cristianizados y bastante romanizados, algunos de sus jefes, auténticos generales romanos.

Antes de ir más lejos acabemos con la crítica que hace Clastres a la etnología cuando Leroi-Gourhan explica que la guerra y la violencia en los mundos antiguos es la continuación de un mismo modo de subsistencia. La guerra como una caza más particular, la caza al hombre, una caza necesaria a la subsistencia y permanencia del grupo cazador. Podemos estar de acuerdo con Clastres cuando considera como muy probable que la finalidad de la guerra jamás haya sido el canibalismo como una necesidad apremiante de comer, aunque muchos autores en el caso mexicano tienden a acercarse a esa idea. Recuérdense cómo antropólogos como

Marvin Harris de una manera más radical pretendió, que cómo los mexicas faltaban de proteínas animales, los sacerdotes eran de hecho y nada más que carniceros trabajando la carne humana de los sacrificados... La guerra para Clastres no es natural, no es una prolongación de la caza como lo pensaba Leroi-Gourhan, es un proceso eminentemente cultural e histórico y en esto estamos de acuerdo, pero con esa sola constatación no hemos adelantado ni un paso. Todo queda por hacer.

Y es aquí que está el problema porque estamos regresando de nuevo a un análisis de fuentes porque ya desaparecieron totalmente las antiguas culturas americanas. Sólo tenemos documentos escritos que se dedicaron a construir una cierta mirada sobre esa tierra americana. Recuérdese lo que decía O'Gorman, América no es ni descubierta ni encontrada...es, antes que todo, inventada, construida día a día y no hay ningún texto que pueda estar considerado como seguro en términos de "fuentes de verdad". Recuérdese, y a lo mejor parezco repetitivo pero

jamás dejaré de repetirlo, que la idea de una historia que propone relatar la verdad de lo ocurrido es una constitución muy reciente desde la segunda mitad del XIX. Antes la historia es, antes que todo, moral y la verdad de lo ocurrido no es su primer objetivo, su función es dar cuenta de la presencia y de las acciones de dios en el mundo. Estas son llevadas a cabo en el caso americano, por el nuevo pueblo elegido, los hispanos, y todos los relatos tendrán como justificación primera el reforzamiento de un mito imperial justificando la presencia política y su corolario, la evangelización.

El problema con la reflexión de Clastres es que considera antes que todo, lo que se llaman ciertas sociedades de “cazadores-recolectores” de la amazonia, pero otros investigadores han propuesto más recientemente nuevas miradas que tienden a considerar a muchas de ellas como “hortelanos trabajando una selva-jardín” de un modo bastante ecológico y equilibrado.

Cuando propone que estas sociedades poseen una

idea de territorio exclusivo y que esta exclusividad tiene como corolario la exclusión del otro, esta proposición no parece aceptable en muchos otros casos de América del Norte, a la cual pertenecemos, donde se puede ver cómo los espacios de las diferentes culturas se interpenetran. Donde los recursos son en cierta forma comunes, lo que no quiere decir que esa explotación de un mismo recurso no vaya sin fricciones, ya que las dinámicas de utilización de éstos son múltiples y particulares a cada grupo que lo utiliza. El rechazo de la idea que la tierra pueda ser comprada por ciertas poblaciones americanas observadas a fines del XIX, nos permite pensar que esa concepción autocentrada que ve Clastres, probablemente es poco útil en otros espacios culturales más abiertos.

Si para él las alianzas, la convivencia con otros pueblos son imposibles, tendría que explicarnos los intercambios y las alianzas que se pueden observar. Éste respondería que las alianzas no son esenciales y que se podrían incluso obviar si el grupo fuera suficientemente

fuerte. En cuanto a las alianzas constatadas, considera que nacen simplemente de las necesidades tácticas de la guerra y que son sólo medios para hacer la guerra y jamás un fin en sí. Esta última proposición es interesante y pudiera explicar partes de las “alianzas” que realiza Cortés con los Zempoaltecas, a menos que sean los Zempoaltecas quienes agarran de aliado a Cortés para su propia guerra contra la expansión mexicana.

En una comunicación en nuestro seminario de Historiografía de Xalapa “Repensar la Conquista”, el Dr. Michael Ducey en una relectura muy cuidadosa de los textos clásicos del encuentro entre Cortés y el “Cacique Gordo”, nos mostró cómo probablemente dicho cacique lejos de ser un cacique apático y folclórico, como se nos presenta hoy, era más bien un fino estratega que utilizó la presencia de los castellanos para acabar con pueblos vecinos con quienes estaban en competencia. La “alianza” podría ser no la de Cortés con los indios, sino, más probablemente, una utilización de Cortés por los indios. También si lo piensan

bien, podemos ver a Cortés lanzándose al asalto del altiplano, guiado por los Zempoaltecas sus “aliados”, pero si seguimos el relato de Cortés leemos que el camino es increíblemente difícil e incluso se mueren varios de los indios isleños que los acompañan, carecen de todo, etc. Es verdad que podemos dudar del testimonio de Cortés, siempre construyendo su imagen de “esforzado caballero” al servicio del emperador, pero si hubiera sido el caso, podemos hacernos la pregunta de por qué los “aliados” que “les escoltaron”, o más bien los guiaron, a ese camino tan dificultoso de los pedregales del Cofre de Perote. Sólo los que están de acuerdo con la visión primitivista tradicional del indio, podrán pensar que estos eran medio ignorantes de un camino más fácil o que se confundieron de camino, ¡chin! No vieron el letrero. Más bien si cambiamos la mirada y miramos desde el campo de los supuestos aliados, podemos pensar que el cacique Gordo, busca una manera astuciosa de deshacerse de los españoles, sus aliados o por lo menos imagina un stratagema para probar de qué son hechos estos recién llegados, estos

invasores que han destrozado el antiguo mundo del caribe. Porque si se puede a veces dudar de la información del Tlatoani sobre la naturaleza de los extranjeros y del resultado de su presencia, es difícil pensar que nuestro Cacique Gordo no estuviera bastante informado sobre la destrucción ocurrida en las diferentes Antillas en los veinte últimos años, si consideramos los intercambios marítimos y terrestres generalizados que existían en esta región entre islas y continente.

De la misma manera, siempre se consideran las relaciones entre Cortés y los tlaxcaltecas, otros futuros “aliados”, desde el punto de vista hispano, y más ya que estos impusieron definitivamente su poder. Pero pocos intentaron pensar cómo esa supuesta “alianza” podía entrar en la dinámica política propia de ese mundo “tlaxcalteca”, de un mundo que queda también por repensar bastante. Es evidente que todas las descripciones sobre el aislamiento y la independencia de dicha Tlaxcala son partes de un cierto discurso hispano de la alianza. Serán aliados porque están

oprimidos desde hace bastante tiempo y el mito hispano los apoya y les construye ese mito fundacional, “liberándolos” y dándoles una identidad colectiva. Pero esto no nos da suficientes elementos para entender claramente quiénes son estos tlaxcaltecas, cuáles son sus relaciones reales con los mexicas, ni qué hacen en Tenochtitlán y en las ciudades vecinas después de la entrada de Hernán Cortés, antes del estallido, de la guerra abierta.

Finalmente, para terminar y espero no decepcionarlos demasiado introduciendo todas estas preguntas, creo que una reflexión general sobre la guerra es inseparable de una reflexión general nueva sobre la naturaleza de las culturas que producen esta guerra y estos guerreros. No olvidando que probablemente las posibilidades bélicas son bastante numerosas y complejas y que la especialización de ciertos hombres en ese ejercicio de la violencia les volvía particularmente eficaces, como lo muestra la especialización en el mundo de las artes marciales asiáticas, japonesas o chinas. Pero no podemos quedarnos en el mundo del

performance como cuando vemos en la tele ejercitarse a estos personajes, siempre debemos tener claro que las formas y los objetivos de esa guerra son propios a cada cultura, y son estos objetivos los que nos darán los elementos para entender la naturaleza de esa guerra, más que un simple recuento de uniformes y armas.

Coatepec, La Pitaya a 13 de Octubre de 2014